



Crisis: ¿estado natural de los valores?

Rubén Amiel (*)

A modo de ensayo, algunas reflexiones sobre:

CRISIS DE VALORES

Frecuentemente recibo mails donde se refleja una constante. En forma de hamacas de madera, wincofon, balero, algún corrupto que se suicidó, etcétera, se nos recuerda lo bueno que era aquello y que hoy vivimos una crisis de valores. Nada parece ser como fue entonces. Los grandes principios que forjaron nuestra infancia y que recibimos de nuestros padres y/o abuelos parecen haber colapsado. Hay que volver a ellos para poder salvar a nuestros hijos, nietos y todo hombre de buena voluntad que quiera habitar este territorio, de la debacle.

Se nos cita como proto-filósofo a Enrique Santos Discépolo, más el de Yira, Yira que el de Cambalache: “Cuando rajés los

tamangos buscando ese mango que te haga morfar, la indiferencia del mundo, que es cruel y que es mudo, recién sentirás. Verás que todo es mentira, verás que nada es amor, que al mundo nada le importa...”

Y remarcaba “Pancho” Gorrindo en 1937: “Aprendí que en esta vida hay que llorar si otros lloran / y, si la murga se ríe, uno se debe reír; / no pensar, ni equivocado, ¡Para qué, si igual se vive! / Y además corrés el riesgo de que te bauticen gil”.

Dolorosa recreación de una de las, clásicamente consideradas, piedras basales del ser nacional: los consejos del viejo Vizcacha.

Discépolo, Gorrindo y varios otros describían las sensaciones existenciales que les producía esa época en la que se jugaba con hamacas de madera, con el balero y nuestros abuelos educaban

(*) Director del Departamento de Filosofía de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario - PUCA. Profesor de disciplinas en las áreas de Filosofía y Política en dicha Institución.

a nuestros padres en valores. Con el paso del tiempo, miembros de esa generación nos llevaron a ser derechos y humanos.

Pero, vayamos a un pasado remoto:

El Viejo levanta su cabeza enfrentado a la Asamblea, sabe cuál será el destino de ese encuentro. Allí, en un rincón, tres figuras, cuyos rostros las capuchas impiden ver claramente, parecieran esbozar una sonrisa de satisfacción. Ni la infamia, ni la calumnia, ni la muerte, ni la casi totalidad de los asambleístas entienden porqué el Viejo consume sus últimos momentos en un recordatorio estéril y pueril en vez de esbozar una defensa solicitando el perdón: “Es propio del orador decir la verdad, como es lo propio del juez obrar la justicia”. Ignoraban que vivir por vivir no era el proyecto existencial del Viejo: “de qué vale una vida vivida sin examen”. Crisis de valores en el siglo V a.C.

Siglo II.d.C. Tertuliano enfrentaba a un Imperio ya decadente, soportando los agravios por ir contra los valores de ese Imperio y decía aquello de que: “Por más que la mentira esté en el trono mil años, no por ello se transforma en verdad”.

Al fin y al cabo, su maestro había sido perseguido, torturado y ajusticiado por marcar la crisis de valores en la que el hombre se sumergía.

En el siglo XV, Pico de la Mirándola pone en boca de Dios este discurso: “No te hecho ni celestial ni terreno, ni mortal ni inmortal, para que por ti mismo, como libre y soberano artífice, te plasmes y te esculpas de la forma que elijas. Podrás degenerar en aquellas cosas inferiores, que son las irracionales; podrás, de acuerdo con tu voluntad, regenerarte en las cosas superiores, que son divinas”.

Crisis de valores que había hecho emerger una re-visión del mundo.

Sólo a modo de cierre, arbitrario, de una interminable secuencia de ejemplos sobre la crisis de valores en todas las épocas de la humanidad (restringiéndonos sólo a la cultura mediterránea y de aquello que después se denominó Europa), llegamos al “gran inmoralista”, el filósofo del martillo nos dice: “Apreciemos cabalmente el hecho de que nosotros mismos, los espíritus libres, somos ya una transmutación de todos los valores, una viviente y triunfante declaración de guerra a todos los antiguos conceptos”. Rugía Nietzsche contra el modernismo y la religiosidad decimonónica, el siroco de la decadencia, cómo él dice.

Confusa situación. Probablemente, haya llegado el momento de tratar de aclarar un punto fundamental del análisis:

¿QUÉ SON LOS VALORES?

Clásicamente, se considera que el concepto “valor” no puede ser definido en sentido estricto. Perteneció al orden de aquellos conceptos supremos (como el de ser “ser”) que no permiten una definición apropiada, pues por considerárselos supremos no per-



miten otro u otros conceptos que lo limiten. A lo sumo, sólo puede ensayarse una aclaración de dicho término.

No podemos negar que hay valores, nosotros nos dirigimos a las cosas, enfrentamos situaciones, siempre acompañando nuestra acción con juicios valorativos. Reflexionar sobre valores es reflexionar sobre nuestro vivir los valores, sobre nuestras vivencias.

Cuando decimos que algo tiene valor, hacemos referencia a la cualidad gracias a la cual ese objeto, alguien o situación reclama nuestro sentimiento de valor.

El valor es siempre valor para alguien, el valor no existe en sí, sino para alguien. Desde ese aspecto, por necesitar al sujeto como vehículo, no es errado decir que los valores son subjetivos; pero tomando al sujeto como medio de realización, no como medida del valor.

Si fuésemos, cada uno de nosotros, constructores de distintas escalas todas válidas per se, ciertamente la convivencia sería cuasi imposible. Caeríamos en el mismo error de Protágoras cuando dice “el hombre es la medida de las cosas”; confundiríamos los infinitos caminos personales de búsqueda, medios, con el fin de la búsqueda.

Alois Riehl dice: “Siempre creará el hombre en lo sobrehumano, llámelo lo divino o lo ideal. Sin un ideal por encima de sí mismo, el hombre no puede marchar derecho, en el sentido espiritual de la palabra. Eso sobrehumano que tiene caracteres de modelo es el mundo de los valores espirituales... Pero estos valores, que guían la conducta humana y animan su pecho, no son inventados, ni se los vuelve a acuñar por transmutación; son descubiertos; y, como las estrellas del cielo, se van haciendo visibles a los hombres paulatinamente con el progreso de la cultura. No son viejos valores ni nuevos valores, son los valores”.

Los valores no sólo son valores para mí, lo son para nosotros; son



un medio que me permite reconocer al otro en el mundo. Las cosas, los conceptos abstractos, los eventos, no me miran, sólo el otro es el que me dirige su mirada. Los valores están relacionados con el compromiso de esa llamada. Poseer, tener, dar y reconocer a los demás son las líneas del valor.

Un valor es asumido como tal, consagrado plenamente, cuando es juzgado y asumido por los demás. La justicia y el amor son manifestaciones, tal vez las más claras, de esa dimensión intersubjetiva. No hay autorrealización, sino mutua relación. La existencia es una llamada. En cualquier lugar donde se hallan, el hombre se asoma a una certeza: hay algo que tiene sentido, ciertas acciones que dan sentido a la existencia, que son valiosas, buenas.

El conocimiento de lo humano no es claro, distinto, lógico; es un conocimiento práctico que acompaña a la afirmación del hombre en el mundo. A veces han de pasar siglos para que el hombre se dé cuenta del carácter anti-humano de algunas situaciones.

El descubrimiento de lo humano sigue, la mayor de las veces, el camino negativo: el camino del sufrimiento, del dolor, de la humillación, del desconcierto frente a la traición.

Para abonar la cuestión:

¿CRISIS?

Sin entrar en disquisiciones etimológicas, tomaremos su origen en la latinización de su origen griego: separar, juzgar, decidir.

Excepción del nacer y el morir, todo es crisis en la existencia humana; aquellas dos situaciones no son novedosas, ambas son datos originales, uno ya expreso, el otro a expresarse, pero no a sorprendernos. La crisis es una de las instancias de manifestación de la libertad humana. Implica análisis, reflexión, voluntad actuante, fracaso, y otras facetas de las posibilidades del acto libre.

Podrá no parecernos grato, pero existir es vivir en crisis; de las cuáles la axiológica es una de sus facetas. Por cierto, la crisis puede tomar varios caminos; al fin y al cabo alguien ya sostuvo, correctamente, que la vida es un jardín de senderos que se bifurcan.

Y vamos arribando al punto final, que es el del inicio de toda especulación en este universo temático, la clásica pregunta:

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Valores, crisis, crisis de valores. Sólo desde la óptica de una cosmovisión antropológica se puede juzgar la importancia que la crisis de valores conlleva.

Yo me voy a ubicar en la perspectiva de una filosofía de la existencia con un sentido de trascendencia inmanente y al mismo tiempo trascendente. O sea, inmanente, trascendiendo en nuestros proyectos mundanos, y trascendente, trascendiendo hacia la eternidad.

Me apoyaré en Romano Guardini cuando dice: “Persona es el ser conformado (material), interiorizado (vivo y con conciencia empírica), espiritual (autorreflexión) y creador, siempre que esté en sí mismo y disponga de sí mismo (libre)”.

Y en aquel imperativo kantiano: “Obra de manera que en tu obrar la humanidad, tanto en tu persona como en la del otro, sean siempre considerados como fin y nunca meramente como medio”.

Si la inevitable crisis de valores respeta ambos marcos, bienvenida sea. Ella nos hará crecer a nosotros y al prójimo. Si atenta contra ello, pues tendremos la obligación de obrar para que no nos destruya. La apatía existencial es sinónimo de complicidad.

A modo de cierre temporal, recuerdo las palabras de Janus Korczak, el maestro del ghetto de Varsovia: que el mundo que dejemos sea un poco mejor que el mundo que recibimos.